

Los forasteros pregonan;

Do las abiertas ventanas  
Dejan entrar el aroma  
De mosquetas y jazmines  
Que el huerto vecino acopia,

Al dulce compas del arpa  
Que alegre vibra y sonora,  
En ágil danza ver deja  
El pié de esmerada forma. —

Pasan días y más días:  
Comido el pan de la boda,  
El español, que es activo,  
Ya piensa en diversas cosas.

De la ciudad á dos leguas  
Hacienda de caña compra,  
Y llévase á Inés, venciendo  
Su repugnancia notoria.

Él se entrega á sus faenas;  
Ella consume sus horas  
En el ocio y el fastidio,  
Lejos de cuanto ambiciona.

Él va á la caza y en tanto

Inés indolente ronca,  
Y se enflaquece y consume  
Mientras su marido engorda.

Y, siendo de áspero genio  
Y de condicion despótica,  
Mandarse uno al otro quieren,  
Firmes entrambos cual rocas.

Lo que para el hombre es blanco  
Es negro para la esposa;  
Si él de frio se entumece  
De calor ella se ahoga.

Y así van tomando á ser  
Las amarteladas tórtolas  
Lo que, en rigor, antes fueron:  
Él tigre y ella leona.

Ésta por aquel vencida  
En mil escenas odiosas  
Que el hogar tranquilo truecan  
En infierno de congojas,

Cede al fin, y como esclava  
La frente al tirano dobla,  
Y en odio amargo convierte  
Su indiferencia y su cólera.

Viéndola, al cabo, sumisa,  
 Don Lope á quererla torna  
 Como el día que encendiera  
 Del himeneo la antorcha.

Más son ofrendas inútiles  
 Sus atenciones melosas,  
 Que está la débil cadena  
 De esos corazones rota.

Y en vano con su carácter  
 Don Lope batalla á solas,  
 Contrarestarlo queriendo  
 Por si soldarla así logra.

Que á Inés al mirar cual mármol,  
 Súbitamente se enoja  
 Y estalla en gritos, haciendo  
 La herida más y más honda.

Nególes naturaleza,  
 Tal vez sábia y previsor,  
 Lo que á las fieras ablanda  
 Y hace á la mujer dichosa.

Hijos Doña Inés no tuvo  
 Que serenasen las olas  
 De hiel en que la barquilla

De su espíritu se engolfa:

Y así falta á su existencia  
 Astro que en noche tan lóbrega  
 Dé objeto á sus pensamientos  
 Y direccion á sus obras.

Y solo de vez en cuando,  
 De aquella vida monótona  
 En el estrecho horizonte,  
 Brillan cual luces fosfóricas,

Proyectos de fuga ó muerte  
 Que fin á sus males pongan,  
 Y si al principio la espantan,  
 Mas tarde agradables sonla.

Inclinacion que reprueban  
 El cielo y el mundo, brota  
 En su pecho hácia el sobrino  
 Que está de Aranda á la sombra.

Tiempo hace ya que Roman  
 Con espresion melancólica  
 En ella los ojos clava,  
 Si bien hablarla no osa.

Ella, indiferente y fría,

Nada en apariencia nota,  
Y al jóven sigue tratando  
Como á las demas personas.

Poco sagaz el marido,  
En ira terrible monta  
Contra Francisco que en vano  
A su mujer enamora.

De este mozo la presencia  
El noble apenas soporta,  
Y la palabra le escusa  
Y la faz muéstrale torva;

Y no le cierra sus puertas  
Porque, en suma, no halla cosa  
En qué fundarlo y con ello  
Diera á las lenguas su honra.

¡Ay! Si nos fuese posible  
Al traves de seda y blondas  
Y del ondulante seno  
De nieve formado y rosas,

Ver el corazon de Inés  
Lleno de letal ponzoña,  
Retrocediéramos luego  
Como quien víboras toca.

El deseo en él se abriga  
De que, haciéndose más hondas  
Las sospechas del marido,  
Éste con Francisco rompa,

Y haya entre los dos un lance  
Que deje á Inés libre y sola  
Para dar mano y hacienda  
A aquel por quien se halla loca.

Una vez que conocemos  
Cuanto conocer importa  
Para comprender el triste  
Desenlace de la historia,

Con los demas convidados  
Vamos al salon, lectoras,  
Pues la servidumbre avisa  
Que está en la mesa la sopa.

## VII

*El convite.*

Con luces, manjares, flores,  
Ricos vinos, frutas secas,

Pomas cortadas del árbol  
 Esa tarde, rojas fresas,  
 Duraznos que las mejillas  
 De las jóvenes semejan  
 Y aceitunas oleosas  
 Que da Sevilla en sus huertas;  
 Llenando platos y fuentes  
 De rara forma y riqueza,  
 Sobre el mantel que por blanco  
 La piel del armiño afrenta,  
 Al ir entrando á la sala  
 Cubierta hallamos la mesa.

Tras cumplimientos corteses,  
 Ocupan su cabecera  
 Don Lope á la izquierda mano  
 Y su esposa á la derecha.  
 A un lado y otro en seguida  
 Los convidados se sientan,  
 Quedando entre dama y dama  
 Un galan que las atienda.  
 Y como mas allegados  
 O por sobra de llaneza,  
 Francisco y Roman se ponen  
 De los esposos mas cerca.  
 Y aunque al principio el silencio  
 Y la gravedad imperan,  
 La animacion y el bullicio,

Segun la costumbre añeja,  
 Con el licor van saliendo  
 Del fondo de las botellas.

La faz serena y festiva  
 Cual nunca hace tiempo, muestra  
 Don Lope que en la mañana  
 Tívola mustia y severa,  
 Quizá porque al ir pasando  
 Del comedor á otra pieza,  
 Vió, sin querer, que Francisco  
 Con presuncion asaz necia,  
 Dió á Inés un ramo de flores  
 Que fué aceptado por ella.  
 Cuando iba á estallar acaso  
 La indignacion que le llena,  
 Cartas de Madrid recibe  
 Y, vistas firmas y fechas,  
 En sus mal trazadas líneas  
 Halla tan felices nuevas,  
 Que en arrebatos de júbilo  
 Su ciego enojo se trueca,  
 Y torna á leer y al cielo  
 Ojos y palmas eleva.  
 Con su destierro, del trono  
 La majestad satisfecha,  
 Cárlos Tercero su gracia  
 De nuevo ya le dispensa ;

Y hasta en sus brazos reales  
 A Lope estrechar anhela,  
 Y festejar su llegada  
 Con cacerías espléndidas  
 En que monarca y vasallo  
 No den reposo á las fieras.  
 ¡Cuál á estos sueños de dicha  
 El buen Aranda se entrega!  
 Mírase ya al pié del trono,  
 Que altiva corte rodea,  
 Objeto de los favores  
 Que al ambicioso desvelan;  
 Torna á mirar el escudo  
 De la casa solariega;  
 Torna á respirar las brisas  
 De las castellanas sierras  
 Donde conoce uno á uno  
 Los árboles de las selvas.  
 Y cuando de tales sueños  
 A lo presente despierta  
 Y los terribles cuidados  
 Que Inés le infunde recuerda,  
 En sus adentros se dice  
 Que, en rigor, crimen no encuentra  
 En que su esposa reciba  
 Las flores con que la obsequian;  
 Siendo, además, evidente  
 Que el peligro, si lo hubiera,

Se alejaría poniendo  
 Entre ella y Francisco tierra.  
 Y en la expansion de su gozo,  
 Alma generosa y buena,  
 Si bien á todos oculta  
 Bajo un áspera corteza,  
 De sus pesares domésticos  
 Toda la culpa se echa  
 Creyendo que anduvo torpe  
 En sepultar en la hacienda  
 A Inés que ha sido criada  
 Entre regalos y fiestas;  
 Que si humildes flores hay  
 Que solo en la sombra aciertan  
 A vivir, lejos del rayo  
 Del sol las demas se secan;  
 Que de la corte mecida  
 En la fastosa opulencia,  
 Inés, que ha ceñido siempre  
 De la beldad la diadema,  
 Será de su esposo al lado  
 Feliz, amante y benévola.  
 A tales sueños Don Lope  
 En su escritorio se entrega,  
 Y para hacer el viaje  
 Trata de arreglar sus cuentas,  
 Al mayordomo dejando  
 Molinos, ganado y tierras,

Cuando su esposa le avisa  
Que está la sopa en la mesa  
Y él, sin decir la palabra,  
Hacia el comedor la lleva.

¿Qué extraño es, pues, que el semblante  
Festivo el hidalgo tenga  
Mientras su espíritu halagan  
Consoladoras ideas?  
Propónese á Inés, que está  
Cual nunca arrogante y bella,  
A Roman y al mayordomo  
Y á toda la concurrencia,  
Dar de tan faustas noticias  
A los postres la sorpresa.  
Alza, entretanto, su copa  
Do el claro jerez chispea,  
Y antes de llevarla al labio,  
Con voz de entusiasmo trémula,  
En estas ú otras palabras  
Muy semejantes se espresa:

“Del alto favor caído  
De Carlos, gloria de España,  
Me condenó en tierra extraña  
Al deshonor y al olvido.

“Mas de las iras reales,

Que respeto-cual vasallo,  
Los cielos burlan el fallo  
Trocando en dicha mis males.”

Cuando así hablaba, á su vista,  
Aunque en direccion inversa,  
Puesta en la pared de enfrente  
Ancha luna de Venecia,  
Sala, mesa, luces, flores  
Y convidados refleja.  
En aquel cuadro animado  
Le pareció que halagüenia  
Inés miraba á Francisco  
Con misteriosa reserva;  
Mas, al recordar lo injusto  
De sus antiguas sospechas,  
Domínase y luego añade  
Con voz firme y faz serena:

“Franca, amistosa acogida  
Díome esta colonia, á fe,  
Y casi al llegar hallé  
Con el amor nueva vida.

“Y no el amor me hirió en vano,  
Pues, sellando mi ventura,  
Inés me entregó ante el cura  
Su corazón y su mano.”

Aquí Aranda, á pesar suyo,  
 La vista al espejo lleva,  
 Y á Inés y Francisco hallando,  
 Al punto los ojos cierra,  
 Creyendo sinceramente  
 De horrible ilusion ser presa;  
 Y el interrumpido brindis  
 Prosigue de esta manera:

“Por mí, que he sido asaz necio,  
 Aquí su beldad sepulta,  
 Cuando estar no debe oculta  
 Joya de tan alto precio.

“Lejos de aquestos lugares  
 Presto se hallará en su esfera,  
 Cual la corza en la pradera  
 Y como el pez en los mares.”

Dar fin al bríndis no pudo  
 El noble; en sus fauces queda  
 Inmóvil, cual si tuviese  
 Nudo apretado, la lengua.  
 En su faz la vista clava  
 Entonces la concurrencia  
 Y desencajada hallósela,  
 No sin profunda estrañeza.  
 Y al ver que al espejo está

Mirando con insistencia,  
 Todos al espejo miran  
 Y nada notable encuentran.  
 Torna á Doña Inés el rostro  
 Súbito Aranda, y observa  
 Que está con plato y cuchillo  
 Jugando con indolencia,  
 Entrecerrados los ojos,  
 De afectacion sin dar muestras.  
 Que fué el espejo encantado  
 Por arte mágica piensa,  
 O que sus propios sentidos  
 El vino á turbar empieza.  
 Embelesado admiraba  
 De Inés la beldad suprema  
 Desechando los recelos  
 Que á su dicha se atraviesan,  
 Cuando en el seno ondulante,  
 Que brilla como azucena  
 Al traves de ricas blondas  
 Con que se recata á medias,  
 Hállala prendido el ramo  
 De heliotropio y madre selva  
 Que, audaz y á solas, Francisco  
 En la mañana la diera.

Y el noble que ante la corte  
 Su indignacion no refrena

Y en su rey, siendo vasallo,  
 Puso sacrílega diestra;  
 Sin respetarse á sí mismo,  
 De estraños en la presencia,  
 Rompe el cristal de su honra  
 Que, roto, jamas se suelda.  
 Y en uno de aquellos ímpetus  
 De cólera que le ciegan,  
 Crispado el labio y convulso,  
 Hinchadas todas sus venas,  
 Los ojos chispas echando,  
 Juntas las pobladas cejas,  
 Arranca el ramo de flores  
 De afecto bastardo prenda,  
 Del seno de Inés, y al rostro  
 Se las arroja, diciéndola:  
 —Esto merece quien mancha  
 De mi blason la limpieza.

Cae desmayada en la alfombra  
 Inés, y salta cual fiera  
 Sobre Francisco Don Lope  
 Y entre sus brazos le cierra;  
 Mas, acudiendo Roman  
 Y el padre del mozo, á fuerza  
 Logran, al fin, separarlos  
 Echando á Francisco afuera.  
 Y como al trueno del rifle

Turba de palomas vuela,  
 Sobresaltadas las damas  
 Corren, ganando las puertas.—  
 Mudo y temblando el hidalgo  
 Con espantosa violencia,  
 Se va á su alcoba, y al lecho,  
 Perdida ya la cabeza,  
 Cual tronco inerte se arroja  
 Dando á su venganza treguas.

## VIII

*El crimen.*

Quedó convertida  
 La casa en desierto,  
 Damas y galanes  
 Tomando ligeros  
 Las vías que tienen  
 La villa y el pueblo.  
 Desde antes habian  
 Músicos y obreros,  
 Dando fin al rico  
 Festin suculento,  
 A ranchos y haciendas  
 O á sus chozas vuelto.

El patio recorren  
 No pocos domésticos  
 De mesas y adornos  
 Quitando los restos,  
 Y hecha su faena,  
 Recógense luego.  
 Mueren las fogatas,  
 Cesa todo estruendo,  
 Reina oscura noche  
 En el firmamento;  
 Con ella en la tierra  
 Su hermano el silencio,  
 Que solo interrumpen  
 En el llano estenso  
 A veces con ronco  
 Ladrido los perros.

Quitadas las joyas,  
 El cabello suelto,  
 Rojas las mejillas,  
 Mal velado el seno,  
 Del cuarto de Aranda  
 Que ha quedado abierto,  
 La hermosa Inés sale  
 A tomar el fresco.  
 Abriga en su mente  
 Horribles proyectos,  
 Y del corredor

En el antepecho  
 Reclínase y busca,  
 Los ojos volviendo  
 A un lado y al otro,  
 Sombra ó bulto inquieto,  
 Estando segura  
 De que habrá de verlo.  
 Y anhela entretanto  
 Ráfaga de viento  
 Que apague propicia  
 De su rostro el fuego;  
 Mas natura duerme  
 Letárgico sueño,  
 Precursor acaso  
 De huracan violento;  
 La hojilla está inmóvil  
 En el tallo tierno;  
 De la infiel esposa  
 Comprímese el pecho.

Testigo hace poco  
 Del lance funesto  
 Que hubo en el convite;  
 Respirando celos,  
 Su falta de audacia  
 Quizá maldiciendo,  
 Roman en la sombra  
 Se oculta, no lejos

De aquella que causa  
 Su inútil tormento.  
 De Inés las miradas,  
 El enojo ciego  
 De Lope, el escándalo  
 Que dió el caballero,  
 Sospechas le infunden  
 Y es su alma un infierno.  
 Se halla decidido,  
 Rasgando los fueros  
 De honor y decoro  
 Que hasta aquí pusieron  
 Candado á sus labios,  
 Coto á sus intentos,  
 A obtener la llave  
 De aqueste misterio  
 Pidiendo á Inés cuenta  
 De tales sucesos.  
 Dirígese á hablarla,  
 Mas queda suspenso  
 Al oír los pasos  
 Del otro mancebo  
 Que á Inés llega y dice,  
 Turbado el aliento:  
 — Soñaba insensato  
 De dichas un cielo:  
 Tal vez lo veía  
 En los ojos vuestros;

Mas ¡ay! que ya herido  
 Sin honra despierto,  
 Ludibrio de estraños,  
 De lástima objeto,  
 Presa de furores  
 Que cebar no puedo.  
 Matar al esposo  
 Fuera, Inés, perderos,  
 Y si no le mato  
 La vida yo pierdo.  
 Siendo, pues, terribles  
 Entrambos extremos,  
 Antes que amanezca  
 Para siempre os dejo.  
 — ¡Qué! ¿Te vas, Francisco?  
 ¡Desdichada! ¡Oh cielos!  
 ¿Qué va á ser de mí  
 En trance tan fiero?  
 ¿Tienes, por ventura,  
 A mi esposo miedo....?  
 — Há poco en la sala,  
 Al ver que del seno  
 Os quitó las flores  
 Prenda de mi afecto,  
 Y al sentir sus manos  
 En mi rostro luego,  
 Si Roman y otros  
 No se han interpuesto,

Lavando mi afrenta  
 Le hubiera yo muerto  
 Con este cuchillo  
 Que en esos momentos  
 Vuestra linda mano  
 Soltó, y que del suelo  
 Recogí, señora,  
 Y conmigo llevo.  
 Despues he pensado  
 Que fuera gran yerro  
 Matar á Don Lope,  
 Y de vos me ausento.  
 —Haces bien, y es justo  
 Que descargue el peso  
 De su enojo Aranda  
 Solo en mí, ¿no es esto?  
 Vuelto á sus sentidos,  
 A sus manos muero,  
 Que está de mi sangre  
 Cual tigre sediento.  
 ¡Mal haya, Francisco,  
 Quien pone su afecto,  
 Contra sus deberes  
 Y afrontando riesgos,  
 En seres mezquinos  
 Tímidos ó necios!  
 —Me halagais, señora,  
 Y me herís á un tiempo.

¡Oh suprema dicha!  
 ¿Me quereis?—Te quiero.  
 —Mandadme.—Fundado  
 Tu temor encuentro;  
 Antes que amanezca  
 Vete.—Aquí me quedo.  
 —¿Qué dices? ¿Variaste  
 De planes tan presto?  
 —De vuestro cariño  
 Estando ya cierto,  
 No puedo alejarme,  
 Dejaros no puedo.  
 —Mira que la vida  
 Te va de por medio.  
 —Es muerte arrastrarla  
 De quien se ama lejos.  
 Mas ¿por qué no huimos  
 Los dos?—Porque temo  
 Que Aranda nos vaya  
 Los pasos siguiendo.  
 Diera con nosotros,  
 Francisco, aunque fuéramos  
 Por tierras ignotas  
 Del mundo al estremo.  
 —¿No pensais que, en tanto,  
 Dichosos seremos?  
 —Dicha así mezclada  
 De afanes detesto.